

exceso de libertad. Tenía un rebaño de nueve millones de esclavos que se veía obligado á alimentar, á vigilar y á guardar costosamente: hoy cuenta nueve millones de ciudadanos más, cada uno de cuyos actos es una contribución á la riqueza de la gran República.

Para pasar de la irreflexiva ambición de los primeros tiempos á la legalidad y á la seguridad de su actual estado civil ha sido necesario que la raza negra operara una paciente labor de reforma social en cada uno de sus individuos. Lo que largos siglos de civilización habían ido haciendo entre los blancos sus conciudadanos, han tenido que improvisarlo los negros en los cuarenta y tantos años que les separan de la abolición. Ha sido preciso revivir en intensidad sumaria, el glorioso proceso de los tiempos. Por pobres que fueran los resultados obtenidos deberíamos considerarlos como maravillosos y, poniendo freno á nuestras impaciencias, ordenar á nuestras esperanzas que surgieran.

Un hombre desvalido y menesteroso, sin recursos materiales y casi desprovisto de apoyo oficial en sus comienzos, tomó sobre sus hom-

bros la pesada carga de hacer aptos para utilizar la libertad que se les concedía y realizarla en una vida civilizada, á las negros, sus hermanos. Este hombre es Booker Washington. En el año 1901, este hombre había dado á los Estados Unidos tres mil ciudadanos jóvenes, maestros en un oficio, dotados de la cultura moral suficiente para gobernarse á sí mismos y fundar una familia, conocedores de los trabajos de la tierra y del poder de la redención que es la corona del trabajo, y preparados, la mayoría de ellos, para ejercer con frutos el profesorado donde quiera que se instalaran. Aunque sólo una centena, de entre cada millar, sigan las huellas del apostólico maestro, y aunque los resultados obtenidos por ellos no lleguen más que á la mitad de los logrados por el primero, es lógico esperar que, gracias á la iniciativa de Booker Washington y á vuelta de una veintena de años, toda la raza negra se habrá formado á sí misma y ya no existirán entre blancos y hombres de color otras diferencias que las que ofrecen todos los individuos de todas las razas entre sí. La cuestión de razas estará definitivamente apurada.

La razón y la cultura darán cuenta de todo prejuicio. El mérito, el valor y la utilidad civil de los individuos serán la única norma de su aprecio. La Humanidad se regocijará de la definitiva armonía que verá reinar entre sus hijos.

No creeríamos haber dicho sinceramente todo lo que en nuestro interior ha suscitado el estudio de esta cuestión si no estampáramos para condensarla una frase que creemos justa. Hemos consultado, en diferentes ocasiones, lo que, á propósito de los Estados Unidos en general y de los negros en particular, han escrito diversos literatos y sociólogos europeos ó americanos. No hemos leído más que dos obras firmadas por negros: la que tienen en sus manos nuestros lectores y la antes citada de Douglass. Pues bien; la mesura, la imparcialidad, la conciencia, el respeto y hasta la humildad serena con que los dos negros hablan de la raza blanca, ofrecen un contraste curioso con el desdén, la animosidad, la ligereza, la burlona falacia y hasta la injusticia manifiesta y despreocupada de que alardean casi todos los autores blancos al tratar la cuestión negra. Esto nos ha hecho pensar más

de una vez que la raza negra habrá acabado su educación cuando la blanca acabe la suya. No podemos exigirle que la acabe antes. Mientras los blancos persistan en sus prejuicios y hablen de su raza, oponiéndola á la negra, los negros tendrán derecho á persistir en los suyos y oponerse á nosotros. No cabe otra cosa. La cuestión ha de resolverse al mismo tiempo de ambos lados. Todos los peligros de la *raza negra* habrán desaparecido, en el Norte de América, cuando, á su vez, acaben todos los peligros de la *raza blanca*. Únicamente *los hombres* pueden ser ciudadanos.

*
* *

Tal vez lo que hace tan una y eficaz la labor de Booker Washington respecto á su raza, es la visión neta que tuvo, desde el principio, de la misión que le incumbía. Decidido á hacer la educación de su pueblo y bien penetrado de las necesidades del mismo por la observación paciente y fervorosa, no dudó un momento de los

métodos pedagógicos que debían conducirle á los resultados apetecidos. La necesidad de lo que él llama *educación profesional* se amarró á su espíritu con tenacidades de apostolado. Todo el *Instituto normal é industrial* ha nacido y se ha desenvuelto al calor de esa idea-madre. Toda su obra arranca de ella. Toda la raza negra llegará, por ella, á la emancipación de hecho, al estado de ciudadanía constante.

¿Qué es, pues, la *educación profesional*? Los profanos en la materia, apenas tienden sus miradas por el campo riquísimo de la enseñanza, ven precisarse, claros y netos, entre el abigarramiento de sistemas, métodos y teorías, dos grandes caminos, nervios poderosos de la educación, á los que van á parar, para organizarse en cuerpo activo, todos aquellos menudos filamentos. O la enseñanza toma por objeto la práctica realidad de la vida, ó la cultura ideal é independiente del espíritu. O hace ciudadanos y tiene un límite preciso, ó hace sabios y se pierde en el *abismo de ciencia* de que habla Rabelais. La primera tiene cuenta de las necesidades de los hombres y les pone en condiciones de atender y proveer

á ellas; la segunda, desinteresada y santa, está toda ella hecha de *afán de saber*, aparta los ojos de esta vida, se abraza á la filosofía y asume los ardores de una verdadera religión. La primera conviene á todos los hombres; esta última es función de almas escogidas. Aquélla, cuya finalidad es limitada y concreta, obedece á una ley; ésta, cuyos fuegos arden sin consumir, carece de modalidad porque la pasión no tiene ley. En realidad de verdad, la pedagogía, que en la esencia es *método*, sólo tiene que ver con la primera. Aquí tenemos un fin claro que lograr. Aquí tenemos un sujeto preciso sobre el cual ejercitarnos. Aquí la ciencia está en su elemento y puede realizar su pontificado. Dado el hombre y las necesidades eternas ó circunstanciales, físicas ó civiles en que ha de agitarse, pongámosle en condiciones de satisfacer por sí mismo todas estas necesidades. Esta es la única pedagogía científica y la única que puede organizarse en cuerpo de doctrina.

Los anglosajones han sintetizado en su *self-help* (*bastarse á sí mismo*), el fondo de esta doctrina pedagógica. El discípulo se adiestra en

todas las disciplinas que ha de utilizar después en la lucha por la vida. Estudia, no *para conocer*, sino *para hacer*. Los cuidados de su cuerpo alternan con la cultura del espíritu. Mientras cultiva su inteligencia se le fuerza á una verdadera gimnasia de la voluntad. Todas sus iniciativas se enderezan á un fin práctico. En el fondo, la lucha por la vida es la conservación triunfante del individuo. La educación práctica tiene esto en cuenta, y uno de los principales cuidados es poner al individuo en condiciones de atender á la conservación de su vida, de asegurarse la subsistencia, de *ganar dinero*. Siendo el dinero una convención que sirve á los hombres para resumir y en cierto modo fijar el agradecimiento que unos á otros se deben por la prestación de servicios mutuos, el camino más corto para acumular dinero es ponerse en condiciones de prestar servicio á la sociedad. Hay en la sociedad necesidades, por decirlo así, orgánicas, esenciales, ineludibles y, hasta cierto punto, invariables. Estas necesidades pueden reunirse en tres grandes grupos: la necesidad que tienen los hombres de alimentarse, la necesidad de una

vivienda, la necesidad de un vestido que les cubra. Todas las diversas profesiones que hacen referencia á cualquiera de los tres grupos indicados, son de una rápida utilización y ponen al individuo que sobresale en ellas en un pie de ventaja indiscutible para abordar la lucha por la vida. El sabio orientalista, que carece de medios para llevarse un trozo de pan á la boca, tal vez no encuentre modo de transformar en un montón de céntimos sus conocimientos más preciosos. Pero el labrador, el carpintero, el panadero, el albañil, el maquinista, el zapatero, mientras la humanidad coma, se vista y se resguarde de la intemperie en un recinto cubierto, es decir, mientras haya humanidad, hallarán modo de prestarle á ésta un servicio necesario y de recibir, en cambio, de ella una recompensa justa. La educación profesional es la rama de la pedagogía práctica que toma como base y, en cierto modo, como condición de la enseñanza el dotar á los educandos de una profesión ú oficio cualquiera. Es la forma, por excelencia, de la educación en las democracias y la más apta para crear rápidamente la prosperidad de un pueblo ó de una

raza. Su humildad de origen aparente tiene la generosidad fecunda de todos los limos. Calcándose sobre necesidades previstas, nada de ella se pierde y es constante servicio su ministerio. Asegura la vida, conquista las abundancias materiales y, subviniendo á todas las necesidades del cuerpo, deja intacta y libre la independencia del espíritu. Podría temerse que la abundancia de *profesionales* originara la inutilidad ó el abaratamiento de la profesión. Nada menos cierto. Aun suponiendo que en un pueblo, en una ciudad, en una raza, todos los individuos estuvieran educados en el ejercicio de una profesión, el carácter individual, personal y substantivo que tienen los trabajos manuales diferenciaría á cada obrero. Este sería estimable por unas condiciones y aquél se vería solicitado por otras. A mayor abundamiento, de la concurrencia, sobre una base de conocimiento general, brotaría una necesidad: la necesidad de perfección. De la perfección, el obrero se vería llevado á la invención. Y aquí nos encontramos, al final de una buena, basta, dura y, al parecer, grosera educación profesional, con el predominio y el

éxito glorioso y oportuno de lo intelectual y del espíritu. Lo que hay es que el camino se ha recorrido normalmente, y cuando el espíritu aparece, el cuerpo es fuerte para hacer respetar sus derechos. Es necesario que el hombre coma para poder pensar; pero sería vergonzoso obligarle á pensar para poder comer. De estas dos afirmaciones, la primera parece formular el programa de la educación profesional y práctica; en cuanto á la segunda, ¿no es en el fondo la expresión escueta de lo que se proponen los partidarios de una educación intelectual á ultranza?

Llegar por el aquietamiento de las bajas necesidades á aquella condicionalidad harmónica en la que el espíritu puede hacer pacífica irrupción, nos parece un sistema pedagógico más liberal y más perfecto que comenzar imponiendo violentamente silencio á las necesidades lícitas del cuerpo en nombre de una educación intelectual que siempre participará del prejuicio y del dogma.

Todos los resultados de la educación profesional y práctica nos llevan á un posible mañana de intelectualidad y de belleza.

El ansia inagotable de la humanidad, satisfechas unas necesidades, creará otras nuevas siempre dentro de un harmónico progreso. Pero si desatendéis esas primeras necesidades del hombre y no curáis de su hambre antes que de su ingenio curioso, lograréis que el discípulo, desengañado de vuestras doctrinas, abandone las aulas y vegete en la incorregible postración del bruto.

Siendo la riqueza la condición necesaria del éxito en el actual teje maneje de relaciones internacionales, puede afirmarse que la primera nación del mundo será la que produzca más. El término de la educación profesional es *enseñar al alumno á producir*. A medida que reciben su educación los alumnos de Tuskegee van construyendo los diversos pabellones del espléndido Instituto, fabrican los muebles, el material de estudio, etc., etc. La nación que preconice y adopte un sistema de enseñanza análogo tocará en sí misma iguales beneficios: el Estado dará á los alumnos una enseñanza útil y los alumnos construirán para el Estado toda una nación.

No solamente la educación profesional y prác-

tica lleva indiscutibles ventajas sobre cualquier otro sistema de enseñanza, sino que es condición necesaria para todos los demás. No podéis enseñar moralidad al hombre combatido de necesidades y sin medios para atender á ellas. El que no sabe vivir, no sabrá vivir bien. *Lo primero es hacer*, lo segundo hacer el bien conscientemente.

La transcendencia política y civil de la enseñanza es tan grande que su importancia corre parejas con la de la higiene en las grandes agrupaciones modernas. Cuando un Estado como el nuestro, descuida lamentablemente una misión como la de la enseñanza, no tiene derecho á exigir nada de su pueblo. Ni orden, ni obediencia, ni respeto á la ley, ni trabajo: á nada de esto es acreedor el Estado español respecto de sus súbditos. La misión del Estado no es eternizarse parásito sobre el pueblo que lo aguanta. Somos algo más, á pesar de nuestro abatimiento, que el andamiaje de un trono. Si el Estado no interviene en nuestra economía general para servirla y sanearla, es un miembro inútil dentro de la nación. Y los miembros inútiles

deben amputarse del organismo ó son una amenaza constante para su salud y, al fin y á la postre, la causa inevitable de su ruina.

Es preciso empaparnos íntimamente de esta idea del *Estado activo* que ha sido la salvación del joven pueblo americano y que lo ha hecho el pueblo por antonomasia del siglo xx.

Sin salirnos de las estrictas leyes de la oferta y la demanda, cuando el Estado nos pida soldados y cuarteles, pidámosle, á nuestra vez, maestros y escuelas. Pidámoslo con voluntad, con seguridad y con constancia, resistamos serenos ante su negativa y no contribuyamos á eternizar la atroz leyenda de esta pobre España en la que un general y un obispo se disputan el poder, á los dados, sobre las espaldas curvadas de un pueblo de analfabetos.

Consideremos — y el libro que hoy ofrecemos á nuestros lectores servirá de punto de partida para estas consideraciones — las buenas, honradas y positivas ventajas que podemos sacar de la educación profesional. Cortemos la espiral á nuestros humos y pensemos en la construcción de nuestras casas antes que en el blasón que

deberá adornar su portalada. Aprendamos que la independencia del espíritu nace del trabajo de las manos. Aprendamos que la necesidad no admite trampas y que hasta ahora el camino más corto para llegar á comer pan es saber amasarlo. No hay empleo vil, ni oficio grosero, ni profesión plebeya, porque todos ellos son trabajo y en todo trabajo hay la misma virtud. Saquemos cuanto bien podamos de las circunstancias tal como se presentan, y depongamos en las aras del mañana el incienso de las radiantes teorías. A la inteligencia le toca pensar la libertad; á la voluntad amarla; á la mano realizarla. Aprendamos á atribuir á esta última, en el terreno de la enseñanza, el glorioso lugar que le corresponde.

Booker Washington termina el prólogo que, á petición nuestra, ha tenido la amabilidad de mandarnos para esta traducción española, con las siguientes palabras: *Todo aquello que hace aprender algo á la mano, dignificando el trabajo, es Educación, en el más alto sentido de la palabra.*

Nosotros añadiremos: «Todo aquel cuyas ma-

nos estén educadas para dominar y labrar la materia, poseerá la Tierra.»

Hay en el Génesis un versículo miraculoso y santo, donde se atribuye al poder de la divina palabra la creación del mundo.

Pero hay, entre los mitos griegos, una fábula más real y más humana: la de aquel gigante que aguantaba la Tierra con los hombros y con las manos.

E. MARQUINA

Paris, Abril, 1905.

Saliendo de la esclavitud...

Brooker T. Washington

☞ CAPÍTULO I.—ESCLAVO
ENTRE LOS ESCLAVOS. ☞

Nací esclavo en una *plantación* del condado de Franklin, en la Virginia. No estoy completamente seguro del lugar ni de la fecha exacta de mi nacimiento; pero, es indudable que debí de nacer en alguna parte y en un momento dado. Por lo que me ha sido posible averiguar, debí de nacer próximo á la Casa-correo de un arrabal llamado el Fuerte de Hale, por los años 1858 ó 1859. Ignoro el mes y el día. Los primeros recuerdos que puedo evocar se relacionan con la plantación y el barrio de los esclavos, ó sea la parte de la plantación en que los esclavos tenían sus viviendas. Mi vida comenzó en el medio más miserable, más descorazonador y más triste que pueda imaginarse. Y esto no porque mis amos fueran extraordinariamente crueles: en comparación con los otros, no lo eran. Yo nací en una